

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES



88

LETRAS LIBRES
DICIEMBRE 2014

CELEBRACIONES

EL CENTENARIO DE THE NEW REPUBLIC

ENRIQUE KRAUZE

The *New Republic* cumple cien años. Para celebrarla, *Letras Libres* ha preparado un mínimo homenaje: republicar el primer artículo sobre México aparecido en esas páginas. Se trata de un admirable texto sobre la Convención de Aguascalientes.

Además de su claridad y profundidad, llama la atención la empatía con la que trata el tema. La sensibilidad ante el reclamo de tierras, la ponderación de un debate en que los generales y sus representantes buscaban dar aliento ideológico y moral a la lucha fratricida, elevarla por encima de la anarquía, hallar un orden. No era fácil encontrar eco a estos hechos en la sensibilidad americana, pero, en aquel año remoto, la revista lo logró.

Esa sensibilidad tuvo muchos otros momentos de comprensión hacia México. En los años veinte, por ejemplo, Walter Lippmann, uno de los grandes personajes de *TNR*, alertó a su gobierno contra el error de interpretar la defensa de las leyes petroleras por parte del gobierno de Calles como un

avance del bolchevismo. “Es nacionalismo —explicó— y América Latina arde en él.”

Desde estas páginas enviamos nuestra felicitación a *The New Republic*, muy en especial a dos amigos: el legendario editor literario Leon Wieseltier y Frank Foer, el brillante editor en jefe. En lo personal, como autor que ha publicado con ellos desde los años ochenta (y como miembro de su Consejo de Colaboradores), mi deuda es inmensa. Pero más grande aún es mi deuda como lector: tanto en sus textos políticos como en su sección de libros, *TNR* tiene esa rara cualidad que Octavio Paz definió con dos palabras que juntas hacen una unidad más alta: pasión crítica. No basta la pasión para la crítica, pero sin pasión no hay crítica. Esa es la llama doble de *The New Republic*. —



LA CUESTIÓN DE LA TIERRA EN AGUASCALIENTES

El que la Convención de Aguascalientes haya ordenado confiscar las grandes haciendas mexicanas y su redistribución entre los peones parece introducir por el momento un elemento nuevo dentro del conflicto en

México y elevarlo por encima de una simple rivalidad entre líderes antagónicos. Es por lo menos un reconocimiento de que los males de México son mucho más de orden económico que político. Al peón promedio le importa poco si quien gobierna en la lejana ciudad de México es un Villa, un Carranza o un Zapata. Por otro lado, le es de vital importancia la diferencia entre ser dueño de una pequeña parcela o un hombre que trabaja en condiciones de semivasallaje en una inmensa propiedad.

Estas gigantescas extensiones de tierra constituyen un problema económico tan grave como complicado. Es difícil porque las condiciones agrarias en México varían de un estado a otro y de región en región. No son las mismas en las áridas tierras de la meseta norteña que en las tierras calientes; en Chihuahua que en Chiapas; en el cinturón ganadero que en las zonas de azúcar y cacao. Abundan en México pequeñas propiedades agrarias. Aunque la afirmación, una y mil veces repetida, de que menos de quinientas personas poseen la totalidad de la tierra en México es grotescamente falsa, existe, sin embargo, la más grosera desigualdad en la propiedad de la tierra. Mientras que hay haciendas del tamaño de grandes ducados, cientos de

Ilustración: LETRAS LIBRES / Manuel Monroy

miles de hombres no tienen tierras ni la posibilidad de adquirirlas. Si en algún momento llegara a existir la esperanza de un México ilustrado, progresista y democrático, esta abismal desigualdad entre hacendados y peones, entre los propietarios de las tierras y sus trabajadores, debe eliminarse.

Aunque no pueden eliminarse de inmediato, el solo hecho de que los generales reunidos en Aguascalientes discutan estas desigualdades resulta significativo. Sugiere que la Revolución contiene un factor popular, aunque sea latente. Sería fácil exagerar este factor. La generalidad de los líderes militares no son hombres inspiradores o desinteresados, a pesar de lo mucho que hablan sobre honor y patriotismo. Los más de ellos parecen enanos pavoneándose sobre el cuerpo de un gigante dormido. Por otro lado, las masas del pueblo están demasiado aletargadas para moverse o ser movidas. La mayoría es analfabeta, y existe una minoría de indios que deambulan errantes y desnudos y ni siquiera hablan español. Gran parte de México es lo que era en los días de Humboldt y una extensión considerable sigue siendo lo que era en los días de Moctezuma y de Cuauhtemotzin. Y, sin embargo, como lo indican las deliberaciones en Aguascalientes, existe cierta agitación. Nuevas necesidades, nuevas carencias, nuevas ideas que se filtran desde más allá del río Grande. En los lugares en los que los salarios se incrementan, el descontento se esparce. El peón que gana treinta o veinte centavos de dólar al día, o incluso nada, vive satisfecho en su miseria; en cambio, el hombre en el norte que gana sesenta u ochenta centavos en las minas o en las plantaciones está abierto a todo tipo de propaganda revolucionaria.

Posiblemente, al menos en sus inicios, la propia Revolución ha contribuido a agitar la imaginación popular. Básicamente, toda esta lucha es una regresión, una reversión a una rutina anterior, un retroceso a Bustamante, Santa Anna y a todas las infames tradiciones de la heroica era del bandidaje mexicano. No obstante, para miles de hombres desamparados, la Revolución rompe las cadenas de una sumisión ancestral. Al reunir a

hombres de diferentes pueblos y distintos estados, contribuye a eliminar la ignorancia, el letargo y el más estrecho localismo. Es una horrenda tragedia, pero es una forma de “ver a México”.

De no haber semejante interés popular, discusiones como las de Aguascalientes serían imposibles. No tendríamos el Plan de Ayala, de Zapata, o el Plan de Guadalupe, de Carranza. Aún si las deliberaciones fueran una pantalla, una puja en busca de popularidad que encubriera un plan secreto cuyo fin sea transferir fincas de acaudalados *Científicos* a acaudalados villistas y zapatistas, la búsqueda del apoyo popular significa que existe, aunque débil, un interés popular. Incluso quienes explotan egoístamente el descontento general se vuelven agentes y sirvientes de ese mismo descontento.

Es bueno escuchar atentamente cualquier propuesta para la solución del problema económico más grave de México. A la vez, sería absurdo esperar demasiado de estas deliberaciones. El problema no reside solo en restar y dividir tierras. Es mucho más complejo. El problema reside en modificar por completo las bases económicas de la sociedad, una tarea comparable en complejidad con la que enfrentaron los estados del Sur después de la emancipación de los esclavos. En tiempos de paz, las dificultades administrativas inherentes a cualquier intento de solución podrían frustrar las mejores intenciones; en tiempos de guerra, los obstáculos son invencibles. Y por el momento la guerra parece inevitable. Mientras los generales que no están en combate debaten en Aguascalientes, los que están en la lucha preparan a sus soldados para la guerra. Es Carranza contra el campo. Hasta que esa cuestión se decida, hasta que esta campaña o quizá muchas otras campañas terminen, hasta que un individuo dominante o un grupo coherente llegue al poder, es ocioso tener muchas esperanzas en cualquier plan de reorganización económica, por bien intencionado que sea. —

*Traducción del inglés de Sofía Cerda Campero.
Publicado en el primer número de
The New Republic, el 7 de noviembre de 1914.*

PERFIL

LEÑERO: LOS LÍMITES DEL REALISMO

ANTONIO CASTRO

En el paisaje cultural mexicano, Vicente Leñero es una criatura única. Como pocos escritores, su obra transita libremente por una gran variedad de géneros y registros. Por un lado, está el periodista, autor de crónicas memorables, sobreviviente del golpe presidencial contra *Excelsior* en 1976 y fundador de una de las aventuras más importantes del periodismo mexicano. ¿Podemos imaginar las últimas tres décadas de nuestra vida política sin *Proceso*? Creo que no. Aun con esta trayectoria, Leñero ha afirmado en varias ocasiones que la literatura ha sido más importante en su vida que el periodismo. A la largo de más de cincuenta años de escritura, ha publicado diez novelas, entre las que destacan *Los albañiles* y *Los periodistas*, varias colecciones de cuentos, así como veintitrés piezas teatrales, editadas en dos volúmenes por el Fondo de Cultura Económica. Como guionista cinematográfico, tiene más de treinta créditos en cintas como *El crimen del padre Amaro*, *El callejón de los milagros* y *La ley de Herodes*, por mencionar algunas. Sus talleres de dramaturgia y guionismo han convocado a varias generaciones de escritores, que buscan en él las claves para descifrar los misterios de la estructura dramática y los secretos de la verosimilitud.

Católico anticlerical, amante del beisbol, siempre me ha llamado la atención su espíritu autocrítico, cualidad poco frecuente entre nosotros. En *Vivir del teatro*, la hilarante crónica de su paso por la tabla, no cesa de enumerar sus errores. Por supuesto, tampoco se tiente el corazón para externar sus opiniones sobre los demás. Lejos del hermetismo infranqueable, Leñero brilla por su transparencia. Es directo, claro, preciso. Paradójicamente, gran parte de su obra está marcada por una relación ambigua entre la realidad y la ficción. En sus textos, esta frontera se vuelve borrosa. Como lectores, no siempre sabemos si estamos tratando

con el escritor o con el periodista. Sin embargo, una cosa es clara: a ambos les preocupa la verdad. Desde el punto de vista teatral, Leñero sigue los pasos de Rodolfo Usigli y abraza el realismo como eje central de su ideario estético.

A lo largo de su obra dramática, explora distintos usos de las convenciones realistas. En ocasiones, como *Pueblo rechazado*, me parece que busca un realismo documental, que le permite a la ficción ser una herramienta de análisis político y social. El gran seguidor de esta vertiente es Víctor Hugo Rascón Banda, cuyas obras a menudo son denuncias, casi periodísticas, en escena. En otros casos, como *La mudanza*, pareciera que el realismo de Leñero va encaminado a lograr una síntesis que adquiere un valor simbólico, que representa una condición nacional o colectiva. A mi juicio, el más logrado de estos experimentos es *La visita del ángel*, que vi en la segunda escenificación de Ignacio Retes, actuada por él mismo, en el foro Sor Juana Inés de la Cruz de la UNAM. En esta obra, Leñero recurre a un hiperrealismo que se expresa a través del uso del tiempo. Recuerdo una larga secuencia de acciones que antecedía a los diálogos. Dos ancianos realizaban una serie de actividades muy cotidianas. Conforme pasaban los minutos, se creaba una atmósfera que oscilaba sin distinciones entre lo ominoso de la muerte y la sencillez de la vida. El resultado era muy eficaz.

Por desgracia, la última pieza teatral de Leñero, *Don Juan en Chapultepec*, fue escrita hace más de quince años. Harto de los desencuentros con directores, actores y escenógrafos, Leñero optó por alejarse de los escenarios. Me resulta extraño que este autoexilio no haya merecido más comentarios entre la llamada comunidad teatral. Finalmente, se trata de uno de los dramaturgos vivos más importantes de México. Tratando de entender esta renuncia me vienen a la mente varias obras suyas, que, aunque exploran situaciones íntimas, fueron objeto de escenificaciones espectaculares. Pienso, por ejemplo, en *El martirio de Morelos* y *La noche de Hernán Cortés*, las dos dirigidas por Luis de Tavira. En ambas piezas, Leñero observa a un personaje histórico al final de su vida,



+Grandes epidemias, caminar en círculos.

desprovisto de gloria, batallando con sus recuerdos. También recuerdo *Los perdedores*, una obra sobre la mexicana disposición al fracaso, vista desde el deporte. Escrita como una mirada a las intimidades del vestidor, Daniel Giménez Cacho hizo un montaje a gran escala sobre una escenografía que representaba un estadio. O *¡Pelearán diez rounds!*, basada en la vida del boxeador Bobby Chacón, dirigida por José Estrada, cuyo montaje incluía escenas de box, interpretadas por José Alonso y el mismísimo Pipino Cuevas. Me pregunto si en ese fervor por explorar los límites del realismo no está, oculto, a la sombra, el germen del gran espectáculo. Puede ser que no.

Su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua se tituló “En defensa de la dramaturgia”. En él, expone sus desacuerdos con la figura del director, quien, a su modo de ver, desdeña la literatura en favor del espectáculo. Como director de escena, leo sus palabras y siento que me regaña airadamente. Aunque me interesa (y mucho) la dramaturgia mexicana, siempre he pensado que hay algo excesivo en la convicción de Leñero de que el único sentido del teatro mexicano es escenificar a los dramaturgos mexicanos. “O dramaturgia mexicana o silencio”, escribió parafraseando el apotegma de Usigli. Por otro lado, en esta época donde hay teatro sin personajes o sin historia, extraño ir a ver una nueva obra suya. Y en definitiva coincido con él cuando sostiene que se hace teatro para “sentir la ilusión de que se captura por unos instantes el fugacísimo presente de la vida que vivimos aquí”. —

ENFERMEDAD

NADA NUEVO BAJO EL SOL

✎ PATRICIO PRON

1 La peste bubónica cayó sobre Londres en 1664, pero produjo sus mayores estragos en los dos años siguientes, cobrándose la vida de aproximadamente cien mil personas; el virus del ébola fue detectado por primera vez en 1976 junto al río del mismo nombre, en Zaire, y en 2014 ha llegado a Europa y a los Estados Unidos: entre su detección y su llegada han mediado 38 años; entre la aparición de la peste bubónica en Londres y el presente, trescientos cincuenta. Estas cifras pueden carecer de interés a simple vista, pero son relevantes porque constituyen un argumento a favor de quienes cuestionan la idea de que la historia de los últimos siglos sería el producto de un progreso lineal y acumulativo. En materia de enfermedades y en relación al modo en que nuestras autoridades lidian con ellas, me temo, caminamos en círculos: si algo ha cambiado en los últimos trescientos cincuenta años es la velocidad de propagación de las enfermedades, pero todo lo demás sigue igual, incluyendo la impericia de las autoridades, su corrupción intrínseca, la desesperación de los enfermos, la valentía y el arrojo de los médicos, la propagación del terror por parte de la prensa y de la opinión pública, la dimensión política y económica de la enfermedad y el miedo.

2

Daniel Defoe publicó su *Diario del año de la peste* en 1722; lo hizo de forma



anónima, una práctica habitual en la época destinada a que los textos no fuesen leídos como obras de ficción sino como testimonios. A pesar de ello, la obra es una novela, aunque la precisión de sus detalles, su verosimilitud, la parquedad con la que su narrador los presenta, la honestidad que parece surgir del conjunto hacen que la leamos como una crónica periodística. *Diario del año de la peste* es, sin embargo, una ficción: en el periodo comprendido entre 1664 y 1667, que es el periodo que cubre la obra, Defoe era apenas un niño (había nacido alrededor de 1660) y es evidente que el libro le debe más a la documentación que a sus propias vivencias, aunque es posible que haya que atribuir a estas su aire opresivo, de amenaza inexplicable y difusa. Algo más de doscientos noventa años después de su publicación, *Diario del año de la peste* vuelve a estar de actualidad estos días con la llegada del ébola a Europa; de hecho, el libro parece contemporáneo en la medida en que, en él, aparecen los motivos recurrentes en la prensa de nuestros días (en la época de su publicación, por el contrario, “carecíamos de periódicos impresos para divulgar rumores y noticias de los hechos, o para embellecerlos por obra de la imaginación humana, como hoy se ve hacer”), incluyendo la atribución de la enfermedad a la llegada de extranjeros, la ocultación del tamaño real de la epidemia por parte de las autoridades, la angustia de los afectados (“Las lágrimas y los lamentos se oían casi en cada casa”, afirma el narrador), la histeria colectiva (la observación de

presagios en las nubes y de fantasmas no parece frecuente estos días, pero su equivalente es la propagación de rumores en la red) y las disposiciones de las autoridades (más juiciosas que las actuales, a pesar de carecer de la información de la que se dispone hoy en día), que salvaron la vida a miles de personas, aunque solo en el interior de la ciudad (es decir, en la parte más pudiente de la misma).

3 En un artículo reciente (“El ébola, en perspectiva”) publicado en *Revista de Libros*, el ensayista español Francisco García Olmedo ha observado el hecho de que “los recortes indiscriminados y no selectivos de los sistemas sanitarios y de investigación [en España] han propiciado que carezcamos de un robusto centro de enfermedades infecciosas y que el número de virólogos expertos en el país sea lamentablemente reducido”, algo que también apuntó Defoe, al señalar que “fue un grave error que una ciudad como Londres no tuviese más que una casa de apestados” en 1665. En otro artículo, esta vez en el *New Yorker* (“Ebolanomics” de James Surowiecki), se afirma que la razón por la que carecemos de medicamentos para enfrentar la enfermedad es que, sencillamente, la industria farmacéutica no los ha considerado rentables hasta el momento: “Las enfermedades que afectan mayoritariamente a los pobres en países pobres no son una prioridad científica porque es improbable que esos mercados ofrezcan una retribución decente, así que enfermedades como la malaria y la tuberculosis, que en total matan a dos millones de personas cada año, reciben menos atención por parte de las compañías farmacéuticas que el colesterol alto.” La dimensión económica y política de la enfermedad no ha sido lo suficientemente discutida en la prensa estos días, pero parece evidente que, si el ébola nos concierne ahora, es porque no solo no ha dejado de matar a personas pobres en África sino que ha llegado a constituir una amenaza para las clases privilegiadas de Europa y Estados Unidos, lo que demuestra (una vez más) que no son solo

las víctimas del ébola las que están enfermas, sino que la enfermedad es la tremenda desigualdad entre clases sociales y entre países que toleramos y a menudo aplaudimos con la inocencia, con la frivolidad, de los personajes de Defoe. Claro que este último ya lo sabía hace casi trescientos años, cuando observó el hecho de que, al estallar la peste, los ricos abandonaron la ciudad, dejando tras de sí (en manos de los charlatanes, los vendedores de ungüentos y amuletos y las autoridades) a las clases bajas, que carecían de una propiedad rural para refugiarse; según Defoe, por esta razón la enfermedad fue particularmente dañina en los barrios pobres de la ciudad y entre los sirvientes. Nada nuevo bajo el sol en nuestros días, pues, excepto el hecho de que, ahora, la ciudad de Londres es el orbe entero. —





+Onetti: "Lo que cuenta es el contar."

LITERATURA

SE BUSCA HEREDERO: ONETTI VEINTE AÑOS DESPUÉS

FERNANDA TRÍAS

“Cada día me parezco más a Onetti”, me dijo una vez Mario Levrero. Se miraba en una foto en la que aparecía, serio, distante, en el espejo del baño. El pelo casi blanco, escaso arriba, despeinado sobre las orejas, la barba sin afeitarse, los ojos saltones detrás de los lentes de montura gruesa, y algo en la caída de las mejillas. Sí, se parecían, y la metamorfosis no terminaría ahí. Este 2014 marcó no solo veinte años de la muerte del más brillante, complejo y enigmático escritor uruguayo, Onetti, sino también diez años de la muerte de este otro escritor oculto, Levrero, que eligió un tipo distinto —aunque cercano— de encierro. El primero es mi escritor más admirado, el segundo, además, fue mi amigo. Los dos tenían con la literatura, para usar la famosa frase de Onetti, una relación de amantes. Escribían por impulso, evitando a toda costa la burocratización de la escritura, el rutinario profesionalismo, desentendidos de la fama y de los honores; escribían irremediablemente, a pesar de sí mismos, con goce (no con placer); escribían como “un acto de amor”.

Hablo de Levrero y no me equivoco de homenaje, porque fue él quien me recomendó *La vida breve* como un libro “indispensable para tu formación”. A mis veinte años, solo había leído *El pozo*, primer libro de Onetti publicado en 1939. *El pozo*, novela breve, intimista, con un estilo duro y seco, es la más accesible, digamos la más juvenil de una obra que nació madura, profundamente adulta. Un hombre cumple cuarenta años, está solo en su pieza de pensión, camina, mira el cuarto como si lo viera por primera vez y escribe sus memorias. Escribe mientras la noche cae, se instala e inexorablemente se le escapa: “Me hubiera gustado clavar la noche en el papel como a una gran mariposa nocturna.” En esa pieza narra sus “ensueños” y dos intentos frustrados de compartir o confesar estas aventuras mentales con un poeta amigo y con una prostituta. Primer relato de la imposibilidad de toda comunicación —fracaso que será recurrente en la obra de Onetti—, *El pozo* marca la muerte de una esperanza, tibia como las brasas hacia el final de la noche. Después vendrían sus novelas y cuentos más notables, esos relatos “subrayables”, que a cada párrafo deslumbran y al mismo tiempo humillan; una obra amplia, densa y despiadada.

La vida breve la compré finalmente en una librería de viejo. Le faltaba la contratapa y en su lugar habían pegado un cartón liso. Tardé un par

de años más en acometer la lectura completa, pero incontables veces leí el comienzo, al punto que exclamar “¡Mundo loco!” se convirtió en mi muletilla de esos años. El primer capítulo de *La vida breve* sigue siendo, para mí, una lección magistral sobre cómo narrar una escena que ocurre al otro lado de una pared. Brausen escucha la conversación de la pareja, mientras de su lado se cuece el horror: el seno mutilado de Gertrudis, la espera, la cicatriz anticipada por Brausen, maneras ensayadas de la compasión y el rechazo.

La vida breve es la novela donde se funda Santa María, ciudad imaginada y ahora mítica, mezcla de las primeras dos ciudades de Onetti, Montevideo y Buenos Aires, y que integra la trilogía sanmariana junto a *El astillero* y *Juntacadáveres*. Pero la cosa es más compleja aún, y ahí radica la vigencia de la obra de Onetti: Santa María no es solo una invención del autor, es también una invención de Brausen, personaje-escritor del que a su vez nacen otros personajes, que reconocen en Brausen a su Creador (“Padre Brausen que estás en la Nada...”). Santa María encarna mejor que ninguna otra ciudad, real o imaginaria, el “ser rioplatense”, y si en Levrero hay una “angustia difusa”, tan montevideana, en Onetti hay una angustia concreta, sólida como una roca que se interpone en el camino, de modo que leerlo es transitar una geografía llena de obstáculos, dolorosa (“la experiencia cubierta de cicatrices”), pero que recompensa el esfuerzo en cada página.

¿Qué hacer, cuando se aspira a ser escritor, con un padre así? Según Juan José Saer, todos los aspirantes a escritores de su generación conocían de memoria el comienzo de *Los adioses*: “Quisiera no haber visto del hombre, la primera vez que entró en el almacén, nada más que las manos; lentas, intimidadas y torpes, moviéndose sin fe, largas y todavía sin tostar, disculpándose por su actuación desinteresada.” Difícil levantar el guante de Onetti, padre sin hijos o padre inmortal. Su voz es pregnante y su adjetivación ha llevado a más de un aspirante al fracaso. Imitar la prosa de Onetti es como hablar con la voz del

Pato Donald y querer salir indemne. El escritor uruguayo Ramiro Sanchiz me dijo una vez que hay obras que abren caminos y otras que (por su carácter de definitivas, agrego yo) los cierran. A ese segundo grupo pertenecería Onetti, y es cierto que las nuevas generaciones han buscado otros referentes, en la narrativa norteamericana sobre todo (Cheever, McCarthy), o a veces en la tradición de Felisberto Hernández y su pequeña observación luminosa. Si se mira bien, los grandes escritores uruguayos posteriores a Onetti, como el propio Levrero o Marosa di Giorgio, tomaron un camino tan radicalmente lejano que ni siquiera pueden medirse con la misma vara. ¿Será esa, acaso, la única salida?

Cuando se habla de Onetti se piensa con frecuencia en dos cosas, en sus atmósferas —esos espacios opacos y lentos del desencanto— y en su manejo atiborrado del lenguaje. Se suele olvidar, sin embargo, que Onetti fue un escritor experimental, un maestro de la novela breve que trabajó como pocos el punto de vista, no solo en la inolvidable *Los adioses*, donde el enigma depende única y engañosamente de lo que ven —y sobre todo de lo que no ven— el narrador y sus informantes, sino también en los relatos narrados por distintos personajes (como buen heredero de Faulkner). En “Jacob y el otro”, por ejemplo, la historia se va armando como un mosaico, organizada en capítulos que se anuncian: “Cuenta el médico”, “Cuenta el narrador”, “Cuenta el príncipe”. El conocimiento de una historia siempre es parcial y confuso, siempre es relativo, tal vez falso. La existencia de una verdad es constantemente cuestionada. Podríamos decir que Onetti “pasa” de la verdad, así como se desinteresa del realismo por lo que respecta al habla de sus personajes, pues la ficción lo es todo para él. Onetti es un narrador nato. En una entrevista, habló de su primer impulso narrativo: “Recuerdo que en mi infancia empecé a mentir. Volvía a mi casa y contaba aventuras que nunca habían ocurrido. [...] Para mí el escritor empezó ahí, mintiendo.” Onetti cuenta. Cuenta, a veces, historias que le fueron contadas (“Jacob y el otro” o “El infierno tan temido”,

referida por su amigo y presidente de Uruguay, Luis Batlle Berres) y a su vez sus personajes cuentan, al lector, a otros personajes. En definitiva, como escribe Josefina Ludmer, en Onetti “lo que cuenta es el contar”.

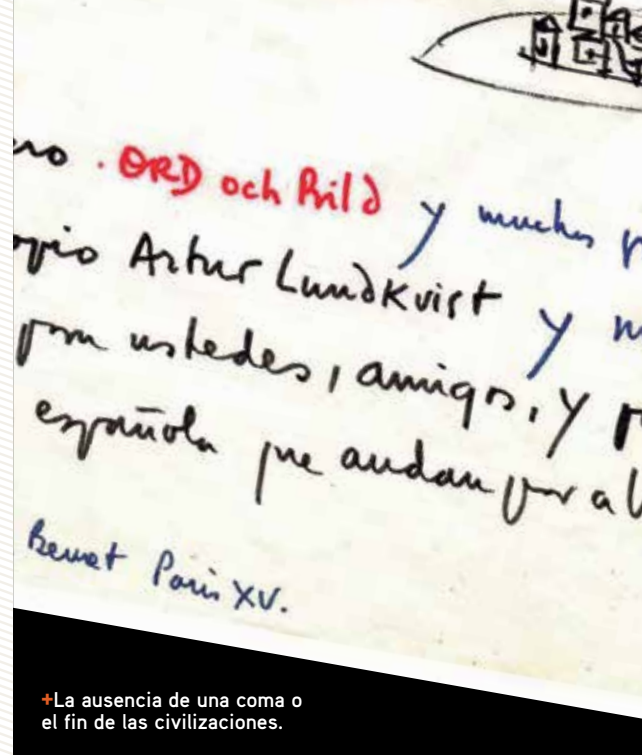
Es ese impulso narrativo “puro” lo que parece escasear hoy. A veinte años de su muerte, la obra de Onetti sigue vigente e inexplorada; su literatura no se ofrece, sino que espera que la vayamos a buscar. Habrá que hacerlo. Habrá que leer más a Onetti y, sobre todo, habrá que leerlo mejor, leerlo hasta “adivinar de dónde provenía su secreto, su sensación de cosa extraordinaria”. —

GRAMÁTICA ¡COMA!

✎ JOSÉ ISRAEL CARRANZA

Toda causa a la que nos adscribamos para luchar por ella puede no ser otra cosa que la mera exacerbación de una neurosis. Aun a sabiendas de ese riesgo, yo estoy a punto de comenzar a batirme por una causa que encuentro urgentísima —además las causas dignas no solo escasean, sino que suelen estar ya defendidas por otros mejores que uno, y esta, me temo, nadie se la ha planteado todavía: razón de más para alarmarse y actuar—. Pongámoslo así: hay signos ominosos que anuncian el resquebrajamiento de las civilizaciones, y su poder es más destructor debido a que pasan inadvertidos hasta que es demasiado tarde. Así veo la extinción en curso de la coma vocativa: como la grieta en la represa que nos preserva de la catástrofe. ¿Vamos a dejarla sin restañar?

Otrora indispensable en el idioma español antes y después de todo vocativo (“Te voy a matar, infeliz”, o “Gordita, ¿ya acabaste?”), no hace falta consultar una gramática para reconocer el servicio que esta coma brinda a la mínima claridad y la evitación de malentendidos (no es lo mismo “¿Quieres un café, viejo, negro y cargado?” que “¿Quieres un café, viejo negro y cargado?”). Pero como quizás los malentendidos no sean tan probables en las fórmulas de saludo con que encabezamos nuestras comunicaciones, parece que viene a dar lo mismo



✚ La ausencia de una coma o el fin de las civilizaciones.

ponerla o no: al leer “Hola, Tobías” u “Hola Tobías”, lo más seguro es que Tobías entienda igual, y pase a lo que sigue. Incluso si lee “ola toviás” podrá seguir quedándole claro —aunque acaso se sobresalte, si algún escrúpulo guarda, o tal vez no le importe y responda “ola jorje”, especialmente si la comunicación ocurre a través de los diminutos teclados de sendos *smartphones* en los que a *toviás* y *jorje* les dé infinita pereza poner ningún cuidado—. No pretendo incurrir en las acusaciones apresuradas que tienden a lanzarse contra las llamadas nuevas tecnologías cuando se habla de la inobservancia creciente de la corrección en la escritura: prefiero creer que tanto trabajo cuesta teclear bien como teclear mal —sobre todo en las pantallas táctiles, aptas solo para los gnomos y no para los dedos humanos, máxime si estos van decorados con uñas de pulgada y media o si sostienen al mismo tiempo el volante del automóvil y un Frutsi—; sin embargo, sí reconozco que la alta velocidad de los intercambios de mensajes o correos electrónicos tiene el efecto pernicioso de inducirnos a la rapidez (y la malhechura) al redactarlos: puesto que el destinatario de mis palabras puede recibirlas al instante incluso si se halla en las antípodas, yo las escribo a la carrera, como si así fueran a llegar más rápido, desprevenido de que el vértigo empieza solo hasta que pulso la tecla Send.

LETRAS LIBRES
DICIEMBRE 2014

Ya se sabe que la añoranza de tiempos mejores únicamente conduce a proscribirse del presente: quien encuentre preferible un pasado donde la gente sabía saludar *como la gente*, bien puede ir resignándose a quedar cada vez más solo para rumiar de modo maniático su irritación. Eso es lo que yo obtengo con cada salutación que se me dirige sin la coma debida, no importa cuál sea el grado de educación, formal o informal, demostrable o presumible, de mis corresponsales. (Quizás deba rebuscar en los sótanos de la infancia la conminación imborrable de la maestra empeñada en no dejarnos consentir jamás esa infracción: ni permitirnosla ni perdonarla. ¿Cómo logró inocularme esa aprensión, cuál argumento irrefutable habrá usado, de qué terrores se habrá valido para condenarme a poner la coma siempre y sufrir siempre que no la viera? Quizás sea mejor no bajar a esas oscuridades.) Cuán desmerecido debo hallarme en la opinión de mi remitente, me da por suponer, si leo que en su saludo pega mi nombre al “Hola” sin siquiera haberse planteado la alternativa: ¿qué trabajo le costaba pulsar una tecla más? Enseguida lo disculpo: en este mundo podrido, donde el acatamiento de las normas de la lengua puede tenerse por ornamental y accesorio y frívolo dadas las condiciones de urgencia y amenaza constantes en que sobrevivimos, quién va a tener la paciencia de preguntarse si escribe bien o no; además, no hay que perder de vista la catástrofe inventada de la educación básica en México. No obstante, como también —aunque excepcionalmente— hay quien sí pone la coma (y yo mismo la pongo siempre, maestra, se lo juro), acabo por concluir: nada justifica su ausencia. Y cedo a una mezcla de rabia que se trueca en consternación: ¿por qué hemos terminado en esto?

“La corrección lingüística es la premisa de la claridad moral y de la honestidad”, observó Claudio Magris en un pasaje de *Microcosmos*. Aunque aparentemente sea una aseveración desmedida, abusiva (habrá santos que escriban con las patas, así como villanos de prosa esmeradísimas), es inobjetable si se piensa que el menosprecio de la corrección es

indicio de la corrupción del trato que la exigía. Quiero decir: si se ha dejado de usar la coma vocativa es porque, en el fondo, el trato social está tan descompuesto que se le da cauce de cualquier modo y sin el menor respeto por el otro. La confusión y la boruca prosperan gracias a lo enturbiada que está nuestra consideración de los demás y, en consecuencia, nuestra comprensión de nosotros mismos como participantes de una realidad en la que estamos entendiéndonos cada vez peor, sin ninguna claridad moral. Y no solo por escrito. Si hemos podido prescindir de esa mínima deferencia, ¿qué nos espera? Empezamos por perder esa coma y terminaremos valiéndonos solo de gruñidos. Y es que lo más preocupante acaso no sea la progresiva omisión de la coma vocativa, sino que nadie parezca echarla de menos. “Por eso también una sola coma en el sitio equivocado”, seguía diciendo Magris, “puede acarrear desastres, provocar incendios que destruyan los bosques de la tierra”. Y yo añadiría: *la ausencia de una sola coma.* —

DERECHOS LA NUEVA REVOLUCIÓN SEXUAL

ENRIQUE TORRE MOLINA

Festivales de cine (como Festival Mix y DHFest), obras de teatro (como *Tom en la granja*), congresos de empresarios (como el LGBT Summit of the Americas), foros en museos y universidades (como el Simposio Libertad y Desarrollo en la Universidad de Guanajuato), eventos auspiciados por los gobiernos del Distrito Federal, Estados Unidos y Reino Unido (como el Youth Council Summit y el International Day Against Homophobia en el British Council), marchas, la reunión internacional más grande de activistas gays, lesbianas, bisexuales y transgénero (LGBT). A lo largo de 2014 México ha sido escenario de no pocas actividades sobre la diversidad sexual. Al ver esa cartelera, cualquiera pensaría que la lucha por los derechos de las personas LGBT ha alcanzado su punto más



exitoso, pero no hay que dejarnos llevar por las apariencias: por cada avance ha habido también lamentables retrocesos.

En *Global gay: cómo la revolución gay está cambiando al mundo* (Taurus, 2013) Frédéric Martel plantea que ahora mismo estamos siendo testigos de una revuelta a nivel internacional a favor de la diversidad sexual. Tras reunirse con más de seiscientas personas en cuarenta y cinco países, el investigador y periodista francés ha reunido el material necesario para trazar un mapa de los alcances que, durante los últimos cinco años, ha tenido la comunidad LGBT en el mundo. Sus conclusiones son alentadoras: en general, cada vez hay más libertad e igualdad en Estados Unidos, Latinoamérica y la mayor parte de Europa en términos de derechos, visibilidad, representaciones en medios de comunicación, empresas y universidades. (Incluso para los temas pendientes en la agenda del movimiento por la diversidad sexual se han creado fechas emblemáticas como la conmemoración del Día Internacional contra la Homofobia en mayo, las celebraciones del *gay pride* en verano o el Spirit Day en octubre para hacer conciencia sobre el *bullying* homofóbico que sufren estudiantes de primaria y secundaria). Martel sugiere que el resto del mundo no tardará mucho más en seguir ese camino. Sin embargo, no hay que ser demasiado acuciosos para darse cuenta que este progreso se ha dado de manera



+La cultura gay, de la oscuridad a los reflectores.

desigual: en México la mitad de los trabajadores LGBT mantienen en secreto su condición, 35% ha sido víctima de discriminación por parte de un jefe o colega a causa de su orientación sexual o identidad de género y 67% de los adultos LGBT fueron víctimas de acoso escolar entre la primaria y la universidad.

Los datos sobre la circunstancia mexicana resultan incluso ingenuos cuando los comparamos con países de África, Asia y el Caribe, donde la persecución de personas LGBT por parte del Estado se ha recrudecido. Grupos conservadores, típicamente financiados desde Estados Unidos y a falta de éxito en su país, se han aliado para reunir millones de dólares y hacer campañas que promueven la homofobia y la criminalización de la homosexualidad en Belice, Jamaica, Trinidad y Tobago, Polonia, Rusia, Nigeria, Uganda y Kenia. Algunos de sus líderes, como Scott Lively, han querido demostrar los supuestos peligros de la llamada “agenda gay” y afirman que la nueva guerra mundial se está dando entre cristianos y homosexuales. Estos grupos alegan que los homosexuales son más propensos a la pedofilia, que quieren adoptar niños para pervertirlos y, contradiciendo a instituciones serias como la Organización Mundial de la Salud y la Asociación Americana de Psiquiatría, promueven terapias para “curar” la homosexualidad. Su influencia ha llegado también a Rusia, en donde han asesorado a legisladores para que, con

el apoyo de Vladimir Putin, se haya logrado prohibir la “propaganda gay”. Lo anterior —junto con problemas de violencia e inseguridad— ha provocado que migrantes LGBT huyan de esas regiones y busquen asilo en México, Estados Unidos, Canadá, Suecia, Holanda y Reino Unido.

Ni siquiera los logros en materia de diversidad sexual pueden considerarse victorias unánimes. Que exista una fuerte relación entre el mercado y las conquistas de la comunidad LGBT ha sido motivo de discusiones entre activistas y académicos. Por ejemplo, cada vez en más lugares se legaliza el matrimonio entre parejas del mismo sexo y eso también abona a la moda del turismo especializado en este sector, que a la vez son clientes atractivos para organizadores de bodas en donde el matrimonio igualitario es legal. Por otra parte, empresas como American Express, IBM y Citigroup han demostrado la conveniencia de ofrecer prestaciones igualitarias a sus empleados gays y lesbianas (y sus parejas), de crear redes de empleados LGBT, de tener políticas claras para reclutar y ascender a sus empleados sin que la orientación sexual o la identidad de género sean motivo de discriminación. Todo esto nos lleva a pensar: ¿los gays *en realidad* están capturando el marketing y la economía o son solo un botín para las marcas que quieren beneficiarse de su “dinero rosa”? ¿Las banderas de arcoíris a la entrada de establecimientos comerciales son símbolo de inclusión o prolongan

un estereotipo? ¿La participación de políticos y empresarios en una marcha del orgullo gay equivale al triunfo de un movimiento o al abandono de su componente radical, en el que muchos todavía prefieren regodearse? ¿Las personas LGBT deberían permanecer al menos un poco al margen del *mainstream* o abrazar los valores de una mayoría heterosexual? Creo que es inevitable que al conquistar ciertos espacios los movimientos LGBT se vean obligados a renunciar a una parte de su carácter subversivo, del *outcast* que cuestiona los roles de género, las reglas de las relaciones de pareja o el uso del cuerpo. Es casi imposible pasar de la exclusión a la inclusión sin dejar de ser el *raro* de la sociedad.

Lo que es importante reflexionar —y para lo cual el libro de Martel aporta información valiosa— es cómo la cultura gay ha transitado de la oscuridad a los reflectores. Y también hacia dónde debería dirigirse. De un lado, los activistas continúan encabezando organizaciones de la sociedad civil y liderando manifestaciones callejeras, y del otro cada vez más personas de diversas profesiones han manifestado abiertamente su orientación sexual y, con ello, le han recordado al mundo que están en todos lados. El mensaje es claro: se trata de una comunidad grande y conviene valorarlos, sea porque representan un voto en elecciones o un sector de consumo poderoso. Pero sobre todo porque sin el respeto de sus derechos la lucha por los derechos humanos para todos está incompleta. Aun cuando muchos homosexuales no se identifican como “activistas” han emprendido acciones que, dado el contexto social y laboral en que se encuentran, terminan por ser activismos. Hay algo genuinamente subversivo en buscar acceder a los derechos que otros tienen. Y esos pequeños actos de salir de fiesta, caminar por la calle de la mano de su pareja, llevar a sus hijos a la escuela, emprender un negocio, incluir personajes no heterosexuales en sus series de televisión y sus películas son, tal vez no en San Francisco pero sí en Moscú y en Kampala, pequeños actos de revolución. —